

Unas páginas para Josefina Ludmer



Nora Domínguez

En 1982 Josefina Ludmer participa de un encuentro en Puerto Rico sobre escritoras latinoamericanas y luego publica su famoso texto “Las tretas del débil” en *La sartén por el mango*, compilación editada por Patricia Elena González y Eliana Ortega que reunió en 1984 parte de esos trabajos. En el coloquio participaron escritoras y críticas: Elena Poniatowska, Marta Traba, Sara Castro Klarén, Rosario Ferré, Sylvia Molloy. Eran épocas en las que se buscaban definiciones sobre la escritura de las mujeres y donde el esencialismo era una dirección recurrente que había que extirpar con premura del vocabulario. Ludmer, siempre atenta a los debates que se generaban, a las jergas que empujaban por instalarse, a las productividades o limitaciones políticas que las categorías nuevas podían aportar demostraba una molestia. Al mismo tiempo percibía que en las lecturas feministas, en las distribuciones jerárquicas del canon, en las colocaciones frente a discursos e instituciones había un campo a explorar. Esa incursión por lo que después se llamó “estudios de género” no fue en su caso constante ni definitiva pero dio como resultado un análisis minucioso y novedoso de la “Respuesta a Sor Filotea” de Sor Juana Inés de la Cruz que sentará una operatoria crítica.

“Las tretas del débil”, adquirió una efectiva resonancia que sobrepasó el *corpus* crítico sobre Sor Juana, se instaló como modelo de lectura de las redes del poder y las estrategias de resistencia, impuso una categoría de análisis, demostró que ese juego de enunciaciones políticas podía extenderse hacia los usos de la voz de otros sujetos subalternos y no solo de las escritoras. Aunque muchas veces su recurrencia llevó a aplicaciones facilistas y apresuradas esto no le quita valor al talento crítico de su autora; en todo caso habla de prácticas y gestos académicos escasamente arriesgados.

Como todo lo que escribía: el *paper*, el artículo o el libro, su factura le llevaba mucho tiempo. El resultado había sido sometido a un riguroso proceso de construcción argumentativa donde el análisis textual de oposiciones entraba en matrices de significación que ponía a prueba en cada nivel del texto; así la carta de Sor Juana, un poema o un capítulo de una novela eran diseccionados en esquemas y juegos que Ludmer escribía con su letra inclinada en cuadernos u hojas sueltas. Después venían las relaciones, los contactos, la formulación de series. El modelo estructuralista que había ensayado en su libro sobre García Márquez o en el de Onetti era sobre todo un modo de auscultar en una primera instancia los textos para construir un andamiaje que necesitaba para seguir pensando. En “Las tretas del débil” saber, decir y la negación no son los puntos que funcionan como una máquina transformadora de posiciones y

su combinatoria va armando y desarmando los sentidos que allí se articulan. Sentidos que en un momento cambian de nivel y exponen una idea más general: las posiciones de poder del Obispo remiten a un gesto del superior que es posible advertir en otras formaciones literarias (gauchesca, indigenismo) cuando la voz del letrado toma la palabra por los subalternos. El análisis continúa y en la medida en que avanza encara otros saltos que van cerrando los diferentes costados de las tretas del débil. Entre ellos, una conclusión: esa treta “consiste en que desde el lugar asignado y aceptado, se cambia no solo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él. Como si una madre o ama de casa dijera: acepto mi lugar pero hago política o ciencia en tanto madre o ama de casa”.

En 1982, Ludmer hablaba frente a un público latinoamericano que seguramente miraba con atención el proceso político de salida de la dictadura en la Argentina donde las Madres de Plaza de Mayo constituían el colectivo incuestionable que estaba asumiendo una forma de lucha inédita. Ludmer leía la política en lugares inhabituales y veía cómo se desacomodaban los espacios regionales de lo cotidiano y privado, las separaciones rígidas de los saberes, el valor de los géneros “menores”. Planteaba desde el inicio del artículo, evitar tautologías, no refrendar con un análisis las dicotomías que la cultura ya revelaba claramente; romper el círculo de las ya consabidas diferencias e imaginar otras. Señalaba que había que ir más allá en la búsqueda de sentidos, más allá de las descripciones vacuas y previsibles. Decía: “hablaremos de posiciones” y revelaba cómo el poder atravesaba e impregnaba esas posiciones.

Parece un lugar común de la teoría. No lo es. Yo había participado de los cursos privados que dictara en su casa de la calle Viamonte durante la dictadura; había hecho mis primeras lecturas del posestructuralismo gracias a su orientación, luego formé parte del grupo que la acompañó en los primeros seminarios de teoría literaria de 1985 que dictara en la Facultad de Filosofía y Letras y en el primer curso de Teoría Literaria II. Hablar de posiciones del discurso, de emplazamientos conflictivos del sujeto de enunciación, de sintagmas autoritarios, de tomas de la palabra empezó a convertirse en un vocabulario que hice mío, que me entró en el cuerpo y en el deseo de saber y que se me coló en cuanta escena de transmisión me tocara y me toca protagonizar. Ludmer iba del texto a la abstracción, del sintagma a la serie, de lo particular a lo más general atravesando recorridos de autorreflexión y modelos teóricos que ella inventaba y ponía a prueba. Practicaba procesos activos de atención y desatención, ponía en funcionamiento máquinas de lectura y le hacía la guerra a las aplicaciones. El texto, cualquier texto, era su espacio para el despegue, el lugar desde donde un concepto escalaba niveles de sentido, articulaba dimensiones y comenzaba a ofrecer lecturas de la literatura, la cultura y la política. En su libro *El cuerpo del delito. Un manual*, decía: “El ‘delito’, que es una frontera móvil, histórica y cambiante (los delitos cambian con el tiempo), no solo nos puede servir para diferenciar, separar y excluir, sino también para relacionar el estado, la política, la sociedad, los sujetos, la cultura, y la literatura. Como bien lo sabían Marx y Freud, es un instrumento crítico ideal porque es histórico, cultural, político, económico, jurídico, social y literario a la vez: es una de esas nociones articuladoras que están en o entre todos los campos” (Josefina Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil Libros, 1999, p. 14). Toda una elaboración, todo un artefacto teórico que en el voluminoso texto que sigue se despliega contundente y deslumbrante.

Creo que en *Aquí América Latina. Una especulación* (2010), algunas de sus posiciones más rígidas se habían deslizado hacia las ambivalencias, las disoluciones entre realidad y ficción, la revisión flagrante de la idea de autonomía. El giro mantenía sin embargo ese impulso corporal que ella necesitaba para seguir pensando, esa curiosidad para internarse en terrenos nuevos porque como habitualmente decía no quería aburrirse. Durante el tiempo que escribió *El género gauchesco. Un tratado sobre la patria* (1984) nos

iba contando sus avances, cómo la escritura se convertía en sensaciones diversas, cómo las ideas convulsionadas pasaban antes por la sesión con su psicoanalista y se volvían parte de un intercambio gozoso que resonaban luego hacia dentro del grupo de oyentes con anécdotas que mezclaban otras escenas amorosas. Estaba feliz mientras escribía y compartía la alegría del descubrimiento intelectual.

Era ácida, pícara, irreverente, sagaz, por momentos brusca o displicente. Poco importa recordar sus estados de ánimo. Sí interesa recordar que en su paso por la Universidad de Buenos Aires en la que fue reconocida como *Doctora Honoris Causa* en 2010 contribuyó a crear y formar el campo de estudios de la teoría literaria y encauzó sus líneas más activas. Su producción como crítica literaria, expresada en el conjunto de libros y artículos escritos, conforma una obra de lectura ineludible donde las nuevas generaciones podrán observar el estado de la crítica latinoamericana desde los años 80, sus tensiones y líneas de debate, los aparatos teóricos que Ludmer puso a funcionar y que sin duda dan volumen a lo que a ella le gustaba denominar modos de leer o posiciones de lectura.

